

Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.

Todo esto escuchaba Sancho, no con poco dolor de su ánima, viendo que se le desaparecian é iban en humo las esperanzas de su ditado, y que la linda princesa Micomicona se le habia vuelto en Dorotea, y el gigante en Don Fernando, y su amo se estaba durmiendo á sueño suelto, bien descuidado de todo lo sucedido. No se podia asegurar Dorotea si era soñado el bien que poseia; Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corria por la misma cuenta. Don Fernando daba gracias al cielo por la merced recibida y haberle sacado de aquel intricado laberinto, donde se hallaba tan á pique de perder el crédito y el alma; y finalmente, cuantos en la venta estaban, estaban contentos y gozosos del buen suceso que habian tenido tan trabados y desesperados negocios. Todo lo ponía en su punto el cura, como discreto, y á cada uno daba el parabien del bien alcanzado; pero, quien mas jubilaba y se contentaba, era la ventera, por la promesa que Cardenio y el cura le habian hecho de pagalle todos los daños é intereses que por cuenta de Don Quijote le hubiesen venido. Solo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste; y así, con malencónico semblante, entró á su amo, el cual acababa de despertar, á quien dijo: "Bien puede vuestra merced, señor Triste Figura, dormir todo lo que quisiere, sin cuidado de matar á ningun gigante, ni de volver á la princesa su reino, que ya todo está hecho y concluido.—Eso creo yo bien, respondió Don Quijote, porque he tenido con el gigante la mas descomunal y desaforada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida: y de un revés, ¡zas! le derribé la cabeza en el suelo, y fué tanta la sangre que le salió, que los

arroyos corrian por la tierra, como si fueran de agua.—¡Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor! respondió Sancho; porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre, seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la cabeza cortada es la puta que me parió, y llévelo todo Satanás.—Y ¿qué es lo que dices, loco? replicó Don Quijote; ¿estás en tu seso?—Levántese vuestra merced, dijo Sancho, y verá el buen recado que ha hecho, y lo que tenemos qué pagar, y verá á la reina convertida en una dama particular llamada Dorotea, con otros sucesos que, si cae en ellos, le han de admirar.—No me maravillaria de nada deso, replicó Don Quijote; porque, si bien te acuerdas, la otra vez que aquí estuvimos te dije yo que todo cuanto aquí sucedia eran cosas de encantamento, y no seria mucho que ahora fuese lo mismo.—Todo lo creyera yo, respondió Sancho, si tambien mi manteamiento fuera cosa dese jaez; mas no lo fué, sino real y verdaderamente; y vi yo que, el ventero que aquí está hoy dia, tenia del un cabo de la manta, y me empujaba hácia el cielo con mucho donaire y brio, y con tanta risa como fuerza; y donde interviene conocerse las personas, tengo para mí, aunque simple y pecador, que no hay encantamento alguno, sino mucho molimiento y mucha mala ventura.—Ahora bien, Dios lo remediará, dijo Don Quijote; dame de vestir, y déjame salir allá fuera, que quiero ver los sucesos y trasformaciones que dices.” Dióle de vestir Sancho, y, en el entretanto que se vestia, contó el cura á Don Fernando y á los demás que allí estaban las locuras de Don Quijote, y del artificio que habian usado para sacarle de la Peña Pobre, donde él se imaginaba estar por desdenes de su señora. Contóles asimismo casi todas las aventuras que Sancho habia contado, de que no poco se admiraron y rieron, por parecerles, lo que á todos parecia ser, el mas extraño género de locura que podia caber en pensamiento disparatado. Dijo mas el cura, que, pues ya el buen suceso de la señora Dorotea impedia pasar con su disignio adelante, que era menester inventar y hallar otro para poderle llevar á su tierra. Ofrecióse Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Luscinda haria y representaria suficientemente la persona de Dorotea. “No, dijo Don Fernando, no ha de ser así; que yo quiero que Dorotea prosiga su invencion, que, como no sea muy lejos de aquí el lugar deste buen caballero, yo holgaré de que se procure su remedio.—No está mas de dos jornadas de aquí.—Pues, aunque estuviera mas, gustara yo de caminallas á trueco de hacer tan buena obra.” Salió en esto Don Quijote, armado de todos sus pertrechos, con el yelmo, aunque abollado, de Mambrino en la cabeza, embrazado de su rodela, y arrimado á su tronco ó lanzon. Suspendió á Don Fernando y á los demás la extraña presencia de Don Quijote, viendo su rostro, de media legua de andadura, seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y su mesurado continente, y estuvieron callando hasta ver lo que él decia, el cual, con mucha gravedad y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dijo:

“Estoy informado, hermosa señora, deste mi escudero, que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro sér se ha deshecho, porque, de reina y gran señora que solíades ser, os habeis vuelto en una particular doncella. Si esto ha sido por orden del rey nigromante de vuestro padre, temeroso que yo no os diese la necesaria y debida ayuda, digo que no supo ni sabe de la misa la media, y que fué poco versado en las historias caballerescas; porque, si él las hubiera leído y pasado tan atentamente y con tanto espacio como yo las pasé y leí, hallara á cada paso cómo otros caballeros de menor fama que la mia habian acabado cosas mas dificultosas, no siéndolo mucho matar á un gigantillo, por arrogante que sea, porque no há muchas horas que yo me ví con él, y.... quiero callar, por que no me digan que miento; pero el tiempo, descubridor de todas las cosas, lo dirá cuando menos lo pensemos.—Vistesos vos con dos cueros, que no con un gigante,” dijo á esta sazón el ventero, al cual mandó Don Fernando que callase, y no interrumpiese la plática de Don Quijote en ninguna manera; y Don Quijote prosiguió, diciendo: “Digo, en fin, alta y desheredada señora, que si, por la causa que he dicho, vuestro padre ha hecho este metamorfóseos en vuestra persona, que no le deis crédito alguno, porque no hay ningun peligro en la tierra por quien no se abra camino mi espada, con la cual, poniendo la cabeza de vuestro enemigo en tierra, os pondré á vos la corona de la vuestra en la cabeza en breves dias.” No dijo mas Don Quijote, y esperó á que la princesa le respondiese; la cual, como ya sabia la determinacion de Don Fernando, de que se prosiguiese adelante en el engaño hasta llevar á su tierra á Don Quijote, con mucho donaire y gravedad le respondió: “Quien quiera que os dijo, valeroso caballero de la Triste Figura, que yo me habia mudado y trocado de mi sér, no os dijo lo cierto, porque, la misma que ayer fuí, me soy hoy: verdad es, que alguna mudanza han hecho en mí ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera desearme; pero no por eso he dejado de ser la que antes, y de tener los mismos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso é invencible brazo, que siempre he tenido. Así que, señor mio, vuestra bondad vuelva la honra al padre que me engendró, y téngale por hombre advertido y prudente, pues con su ciencia halló camino tan fácil y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo que, si por vos, señor, no fuera, jamás acertara á tener la ventura que tengo; y en esto digo tanta verdad, como son buenos testigos della los mas destes señores que están presentes: lo que resta es, que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se podrá hacer poca jornada; y, en lo demás del buen suceso que espero, lo dejaré á Dios y al valor de vuestro pecho.” Esto dijo la discreta Dorotea; y, en oyéndolo Don Quijote, se volvió á Sancho, y con muestras de mucho enojo, le dijo: “Ahora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España: dime, ladron vagamundo, ¿no me acabaste de decir ahora que esta princesa se habia vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza que entiendo que corté á un